

La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina

*María Cristina Tortti**

Resumen

En el trabajo se revisan las principales tesis que intentaron explicar el surgimiento, desarrollo y derrota del movimiento de modernización cultural, protesta social y radicalización política verificado durante los años sesenta y setenta, y se formulan interrogantes que podrían orientar futuras investigaciones. Se identifican aquellos rasgos de los discursos y de las prácticas contestatarias que permitirían incluir en un mismo campo temático a una diversidad de actores y acontecimientos que, sobre todo a partir del "Cordobazo", empujaron a la sociedad argentina hacia un inusitado proceso de crisis social y política. Se cuestionan los enfoques interpretativos que reducen el fenómeno al auge de la violencia política y al accionar de las organizaciones político-militares, sin desconocer que ellas representaron el grado más alto de desafío al orden social y político y, en consecuencia, incrementaron la sensación de amenaza que ya percibían las Fuerzas Armadas y los sectores dominantes.

Palabras clave: contestación, radicalización, nueva izquierda, crisis del Estado.

I- El problema

Este trabajo tiene por finalidad exponer algunos interrogantes y revisar algunas tesis que intentaron explicar aquellos procesos de la historia argentina que contribuyeron al surgimiento, desarrollo y derrota del movimiento

* Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades Ciencias de la Educación, y Centro de Investigaciones Socio Históricas (UNLP).

Cuestiones de Sociología, N° 3, 2006, pp. 19-32.



de protesta social y radicalización política desarrollado durante los años sesenta y setenta.

Hasta ahora, la mayor parte de los acercamientos a nuestra historia reciente han estado referidos al período que se abrió con el Golpe de Estado de 1976 y, sobre todo, a los efectos sociales de una política que hizo eje en la persecución política y en la represión sistemática de toda forma de oposición. Las dificultades que dichos acercamientos presentan han hecho decir a Tulio Halperín Donghi (2001) que la etapa en cuestión “se resiste a entrar en la Historia” porque, según su opinión, no siempre estamos dispuestos a transformar en conocimiento la evocación de aquella terrible experiencia ni nuestra propia “verdad” sobre ella. Aun aceptando esta aguda observación, tal vez sea posible coincidir en que, cuando esa “experiencia” es una herida abierta y esa “verdad” está habitada por dudas, se vuelve necesario trabajar en la reconstrucción histórica de ese pasado porque, como señala Carlos Altamirano (2001), hacerlo nos empuja a “pensar contra nuestras propias certidumbres”.

Las mismas reflexiones pueden ser tomadas en cuenta cuando se trata de abordar otra etapa del pasado reciente, la que se abrió en 1955 con el derrocamiento del gobierno del general Perón, y cerró dramáticamente con el golpe de estado producido veinte años después. Por razones que sería necesario esclarecer, no hubo ni hay suficiente debate público –ni académico– sobre las condiciones sociales y políticas vigentes en la sociedad argentina hacia 1976; pero, aun la explicación misma del golpe de estado resulta incompleta si se omite el dato de la sensación de “amenaza” previamente vivida por los sectores dominantes y las Fuerzas Armadas, a raíz de la creciente oposición social y política que, desde comienzos de los años sesenta, avanzaba desbordando hacia los fundamentos mismos de la organización social y la dominación estatal. Se suele hablar de la “nueva izquierda” y de la “derrota” de su proyecto, pero poco se dice –y poco se sabe– sobre las características de aquello que fue derrotado en 1976 ya que, una vez más, resulta difícil trasponer la valla que las propias “verdades” han erigido y que han encerrado al período entre una suerte de “leyenda heroica” y la pura detracción.¹ Si bien las preguntas son siempre formuladas desde el presente, y sin que sea necesario fingir desconocimiento sobre las consecuencias producidas por los procesos aquí evocados, no parece conveniente proyectar sobre ellos ideas y modelos normativos que entonces tenían escasa o nula vigencia; ni tampoco identificar la explicación y el debate historiográfico y sociológico con las narrativas propias de la construcción de la memoria.

¹ Las revistas *Punto de Vista* y *Confines*, han sido importantes vehículos de este debate, particularmente en ocasión de cumplirse el 20º aniversario del golpe de estado de 1976 y de la publicación de algunas obras tales como “El presidente que no fue”, de M. Bonasso (1997), o “La Voluntad”, de M. Caparrós y E. Anguita (1997).

II- Un punto de vista sobre la “nueva izquierda”

Como ha sido reiteradamente señalado, la etapa que se abrió con el golpe de estado de 1955 estuvo signada por la crónica inestabilidad del sistema político –cuyo dato central pasaba por la proscripción del peronismo–, la creciente ilegitimidad del poder del estado y recurrentes crisis económicas. Y, sin duda, un rasgo típico de esos años estuvo dado por el hecho de que a la par de la creciente conflictividad social se desarrollaba un intenso proceso de modernización cultural y una notable radicalización política, que se aceleraría a partir del golpe de estado de 1966.

Por eso, cuando se vuelve la mirada hacia los años previos a 1976, la imagen más recurrente es la de una sociedad que, en plena efervescencia, parecía deslizarse hacia un estado de contestación generalizada. La modificación de las expectativas y de las prácticas de amplios sectores de la sociedad aparecieron entonces como una “novedad” en la vida política nacional, ya que los reclamos sectoriales y la oposición al gobierno militar de la “Revolución Argentina” se articulaban de manera creciente con discursos que hablaban de “liberación nacional”, “socialismo” y “revolución”. Acontecimientos como el Cordobazo aceleraron este proceso y, a partir de entonces, en los sectores dominantes se encendió la “alarma” que finalmente forzaría al gobierno del general Lanusse a idear una salida política que resguardara la retirada militar y, sobre todo, permitiera relegitimar al Estado mediante la convocatoria a unas elecciones que consagrarían el reingreso del peronismo al juego político legal.

El alto grado de conflictividad que por entonces se desarrollaba incluía una serie de rasgos nuevos en la relación entre lucha social y lucha política. Así, la expansión de la protesta produjo la eclosión de movimientos sociales de tipo insurreccional, el surgimiento de direcciones “clasistas” en el movimiento obrero y la expansión de la idea que la violencia era el camino más rápido y efectivo para la rápida transformación social y política. Múltiples lazos conectaban al movimiento puramente político con las variadas formas de protesta y de innovación en los más diversos ámbitos institucionales. Educación con contenidos y métodos “liberadores”, comunidades terapéuticas y “antipsiquiatría”, abogados laboristas o defensores de presos gremiales y políticos, experimentación en el campo de las vanguardias plásticas y debates sobre el cine y el teatro político se convirtieron en propagadores de una nueva cultura que privilegiaba la horizontalidad, despreciaba el oscurantismo e inscribía a estos movimientos sociales en proyectos de carácter colectivo. De esa manera, las demandas sectoriales tendieron a politizarse rápidamente y muchos militantes sociales se convirtieron en dirigentes polí-

ticos. Las universidades, por su parte, fueron un ámbito privilegiado dentro de este proceso, y el movimiento estudiantil una verdadera cantera de la cual emergieron buena parte de los contingentes más jóvenes y radicales de la “nueva izquierda”.

Aquí, como en un trabajo anterior,² se recurre al concepto de “nueva izquierda” para englobar a ese conjunto de fuerzas sociales y políticas que contribuyó decisivamente a producir el intenso proceso de protesta social y radicalización política que incluyó desde el estallido espontáneo y la revuelta cultural hasta el accionar guerrillero. Pese a su heterogeneidad, un lenguaje compartido y un común estilo político fueron dando cierta unidad “de hecho” a grupos que provenían del peronismo, de la izquierda, del nacionalismo y de los sectores católicos ligados a la teología de la liberación ya que, los discursos y las acciones, resultaban convergentes en la manera de oponerse a la dictadura y en sus críticas al “sistema”, y esa convergencia potenciaba su accionar pese a que el movimiento careció de una dirección unificada.³ Por otra parte, la multiplicidad de lazos que sus componentes desarrollaron contribuyó a que fueran percibidos –y se percibieran a sí mismos– como partes de una misma trama: la del campo del “pueblo” y de la “revolución”.

Si bien esta “nueva oposición” o “nueva izquierda”, se volvió particularmente amenazante a partir de la eclosión social de 1969 y del crecimiento de la guerrilla durante los años setenta, su presencia se venía manifestando sostenidamente a lo largo de la década anterior. Una de las raíces de este proceso se encuentra en el campo intelectual y cultural de aquellos años sesenta, signado por el cruce entre tendencias modernizantes e ideas de corte revolucionario y en el que ocupó un lugar destacado el tema del “compromiso” de los intelectuales que, desde la simpatía por la “causa del pueblo” evolucionaría hacia formas de participación política directa, incluyendo un cierto desdén por la tarea propiamente intelectual. La amplia recepción de los temas del debate internacional se articuló con el entusiasmo despertado por la Revolución Cubana –y otros procesos de liberación nacional–, y ambos con cuestiones nacionales que, como la del peronismo, permanecían irresueltas. Como ha sido señalado por Oscar Terán (1991), ese recorrido intelectual y político fue acompañado por un proceso de “autoculpabilización” por parte de los intelectuales, debido a su “histórico” alejamiento de los sectores populares, en particular del peronismo. De manera casi natural, ese malestar se convirtió en crítica a los partidos Socialista y

² M. C. Torti (1999).

³ En tal sentido, M. Gordillo (2003), caracteriza el período acudiendo al marco conceptual que brindan autores como S. Tarrow para analizar los ciclos de protesta.

Comunista (PS y PC) que sufrirán primero el embate crítico, y luego el alejamiento, de los sectores radicalizados. Y así, esos partidos, perderán buena parte de la influencia que tenían sobre los sectores medios y del atractivo que ejercían sobre importantes franjas del campo cultural, ganados ahora por las nuevas ideas y, en muchos casos, en franco proceso de “peronización”. Similares aires de renovación se respiraban en el ámbito de otras tradiciones políticas –sobre todo en el peronismo y en grupos católicos que “izquierdizaban” sus posiciones–, confirmando así la envergadura de un proceso que llevaría a una verdadera renovación de las vanguardias y de la cultura política, lo cual además contribuiría a proporcionar un horizonte radical al movimiento social.

A la vez, la irrupción de un movimiento social en proceso de “autonomización” creciente, obligó a los dirigentes tradicionales a remozar sus discursos y reubicarse ante hechos que los sorprendían y superaban y, a partir de entonces, los sectores populares fueron objeto de una intensa disputa por parte de viejas y nuevas dirigencias. Dentro de la variedad de grupos y tendencias que conformaban la “nueva izquierda”, los sectores más “duros” tendieron a simplificar el cuadro político en términos de “amigo-enemigo” y a aplicarle una lógica de guerra.

Pero, lo novedoso de esa “oposición” consistía en que tanto en la sociedad como en la política, el clima de malestar creciente y la oposición al gobierno militar tendía a cuestionar el ordenamiento habitual de la vida social y a desafiar las formas tradicionales de ejercicio de la autoridad y de la representación. Puede pensarse que, entre nosotros, el clima de época propio de los sesenta contribuyó a que viejos y nuevos malestares tomaran la forma de un verdadero “consenso de terminación”⁴ que impulsaría a muchas voluntades en pos de un proyecto colectivo de superación del orden existente que llegó a cuestionar al mismo Estado en su exclusividad en el uso de la violencia.

III- Una primera revisión de la bibliografía

Este último rasgo, y el catastrófico final, han hecho que pese a la variedad de actores implicados y a la complejidad de los procesos desarrollados

⁴ Esta expresión fue acuñada por G. O'Donnell (1972) para caracterizar la situación –más bien un cierto estado de ánimo colectivo– que precedió al golpe de estado de 1966, originada por la sensación de frustración y agotamiento de los actores sociales ante los resultados producidos por un juego político viciado y un Estado incapaz de introducir criterios de racionalidad en la vida económica y social. Aquí se la utiliza para caracterizar a los sectores que perdieron toda confianza en las instituciones democráticas y en las estrategias reformistas de la izquierda.

durante casi dos décadas, todo el período haya quedado grabado en la conciencia colectiva casi exclusivamente como un tiempo de exasperada violencia. De manera casi invariable, la escena aparece dominada por el enfrentamiento entre la guerrilla y las Fuerzas Armadas, y detrás de ella, la sociedad y sus conflictos parecen esfumarse. A su vez, los estudios socio-históricos suelen concentrarse en la dinámica del enfrentamiento político, en particular en su etapa más virulenta, dramáticamente cerrada por el Golpe de Estado de 1976. Sin ignorar que las organizaciones armadas constituyeron la forma más osada del desafío, tal vez no se haya prestado suficiente atención al hecho de que ellas formaban parte de un conjunto social y políticamente más amplio y diversificado, en el cual la oposición al “sistema” incluía siempre un estilo que violentaba convenciones y desafiaba poderes. Si bien se acepta que, en esa crítica de lo existente y en los intentos de construcción de lo nuevo, convivieron impulsos culturales modernizantes y grados diversos de radicalidad política, las formas de su combinación aún no han sido suficientemente esclarecidas. De manera similar, sería conveniente prestar más atención a las razones del vertiginoso crecimiento de esa fuerza social y política en la cual una gran variedad de actores coincidió tanto en el repudio al autoritarismo militar como en la desconfianza hacia las reglas e instituciones de la democracia “formal”.

Una primera revisión de la bibliografía muestra la coexistencia de algunos trabajos que contienen interpretaciones ambiciosas y globales sobre el período –aunque no siempre cuenten con suficiente apoyatura empírica en lo referente a las características de los actores–, con otros que presentan detallados estudios “de caso”. Entre los primeros, algunas interpretaciones son parte de estudios que tiene por objeto explicar el “juego imposible” en el que estuvo encerrado un régimen político pretendidamente democrático, pero excluyente de las mayorías y a la vez prisionero de los “factores de poder”, en especial de las FF. AA.; en la perspectiva de G. O’Donnell (1972), la persistencia de este “juego” y su combinación con el comportamiento errático de la economía habría precipitando a los actores sociales en una cultura cortoplacista y desapegada de las normas que proporcionan alguna racionalidad –y previsibilidad– a la vida social, dando lugar al despliegue del “enfrentamiento desnudo” y de las puras relaciones de fuerza – típicas del “pretorianismo de masas”–, para así sumergir a la sociedad toda en una situación de “irracionalidad colectiva” de la que emergerá el clamor por algún tipo de “orden”, generalmente proveniente de las FF. AA. Por su parte, M. Cavarozzi (1997), proporcionó una clave que –sin acudir a la idea de “irracionalidad colectiva”– permite penetrar en esa particular lógica en la cual grupos sociales y actores políticos exhiben una aguda desarticulación y,

como consecuencia de ella, generan un “sistema político dual”, cuyo funcionamiento habría conducido a la deslegitimación general de las instituciones democráticas y de la autoridad estatal. Otros trabajos analizan preferentemente el tramo de la historia dominado por el proyecto de la “Revolución Argentina” y su fracaso, claramente ubicado a partir de 1969 (G. O’Donnell, 1982; J. C. Portantiero, 1977). Sea que se hable en términos de “crisis de hegemonía” o de “debilidad del Estado” y “crisis de dominación social”, se apunta a una doble incapacidad de las clases dominantes que se habrían visto imposibilitadas tanto de “modernizar” la economía como de fundar un orden político estable; pero también se señala la combinación de potencia y limitaciones exhibida por las clases subalternas, capaces de impedir la consolidación de un orden que perciben como ajeno u hostil, pero a la vez dificultadas de elaborar respuestas políticas que puedan trascender los marcos de una “alianza defensiva” o evitar que una estrategia “transformista” desvíe las energías “revolucionarias” de los sectores activados.

En estas interpretaciones, cercanas a la idea de “crisis revolucionaria”, aparece cierta dificultad a la hora de dar cuenta de la posterior y masiva participación popular en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Se recurre entonces, por lo general, a la idea del “desvío” que ese movimiento habría sufrido respecto de sus contenidos más radicales. Pero tanto la emergencia del movimiento de protesta y de la “nueva izquierda” como el posterior “desvío” por los cauces del proceso electoral suelen aparecer como datos o constataciones, sin la suficiente profundización en las razones que lo hicieron posible. Quedan así en relativa oscuridad la naturaleza de los actores y el papel que sus estrategias jugaron en el campo de fuerzas del que formaron parte y, sobre todo, los nexos reales que los grupos más radicales –armados, o no– mantenían con el conjunto del amplio movimiento anti-dictatorial.⁵ Algo similar ocurre con quienes analizaron el conflictivo proceso abierto a partir del 25 de mayo de 1973 (L. De Riz, 1986; J.C. Torre, 1994; M. Svampa, 2003); en ninguno de los casos deja de señalarse, para explicar el último tramo del período, la dramática superposición de la crisis del “modelo populista” con el desencuentro entre el líder –recién retornado del

⁵ A ello apunta M. Cavarozzi cuando destaca que, como uno de los elementos que permitiría explicar las razones de la “reabsorción” del proceso contestatario, “las prácticas sociales contestatarias” no lograron generar un discurso político propio y con capacidad para difundirse en el conjunto de la sociedad; el autor da por descontado que el discurso de las organizaciones guerrilleras no ocupó ese lugar vacante.

⁶ J. C. Torre apunta a la existencia de dos actores sociales, la clase obrera –que perseguía sus intereses y su legalización desde 1955– y los sectores juveniles radicalizados con posterioridad a la frustración producida por la “traición” de Frondizi, que sólo por un breve período, posterior a 1966, habrían convergido en la acción contra la dictadura de la “Revolución Argentina”.

exilio– y los sectores que habían encabezado una movilización que engarza-
ba la oposición a la dictadura militar con la lucha contra el “sistema”.⁶

El segundo grupo de interpretaciones corresponde a aquellos trabajos que, con hipótesis menos abarcativas, abordaron el fenómeno de la “nueva izquierda” desde la especificidad de alguno de sus ángulos más significativos. Algunos centraron su atención en la constitución de la “nueva izquierda cultural” de los años sesenta, como antecedente significativo –o tramo inicial– del proceso de politización desatado a partir del Cordobazo.⁷ Uno de sus aportes fundamentales consiste en haber reconstruido ese peculiar cruce entre modernización cultural, compromiso político e ideas revolucionarias, que produjo tan significativos efectos en la década posterior.

Otros, tienden a circunscribir el fenómeno de la “nueva izquierda” a las organizaciones guerrilleras, atendiendo tanto al impacto que la violencia tuvo sobre el sistema político como al efecto que determinados “imaginarios” habrían tenido en el desencadenamiento de la acción política violenta. También suelen explorar en el pasado nacional buscando las causas que habrían hecho posible la legitimación social de la violencia, destacándose la continuidad de ciertos rasgos en la cultura política argentina.⁸ Cabe señalar que en dichos trabajos, sobre todo en los elaborados durante los años ochenta, la revisión del período que aquí se aborda fue encarada desde una marcada revalorización de las formas democrático-parlamentarias y tendiendo a enfatizar las diferencias entre la movilización social y el accionar político-militar de las organizaciones armadas. La primera suele ser vista como “espontánea” y “legítima”, mientras que en el segundo caso se marcan como rasgos diferenciales “el endiosamiento de la violencia” y el “intento de implantarse” en los movimientos sociales, con lo cual habrían obstruido el natural desarrollo de los contenidos democratizantes que dichos movimientos contenían. Pero, pocas veces se presta atención al hecho de que las organizaciones armadas crecieron manteniendo múltiples lazos con ese movimiento de protesta que se expandía en la sociedad. Más recientemente, C. Altamirano (2001) ha llamado la atención sobre el hecho de que el fenómeno de la política “revolucionaria” no podría ser entendido si sólo fuera remitido a las frustraciones generadas por un sistema político con las características antes descriptas: desde su punto de vista, para explicarla es indispensable incorporar otro elemento igualmente importante, el de la “fe en la revolución”, alimentada no sólo por las ideas sino también, y sobre todo, por el impacto producido

⁷ O. Terán (1991), S. Sigal (1991), E. Oteiza, et al (1997).

⁸ C. Hilb y D. Lutzky, 1984; M. M. Ollier, 1986 y 1989; R. Sidicaro, 1988; L. A. Romero, 2001.

en las jóvenes generaciones latinoamericanas por el triunfo de la Revolución Cubana.

En un tercer grupo pueden ubicarse aquellos estudios más particularizados que reconstruyen acontecimientos como el “Cordobazo” y otras puebladas,⁹ o hilvanan la historia de grupos tales como el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo,¹⁰ de corrientes sindicales como el “clasismo”,¹¹ o de las organizaciones armadas, tanto las nacidas durante los años sesenta como las que alcanzaron gran desarrollo a partir de 1970¹². Se trata, por lo general, de trabajos basados en abundante material testimonial que permiten, además, acceder a importantes fuentes documentales. Desde el punto de vista de la interpretación, algunos sugieren explicaciones centradas en el conflicto de clases, mientras que otros ponen el acento en aspectos político culturales de gran incidencia sobre las generaciones más jóvenes, protagonistas principales de una movilización disruptiva que afectó a un amplio arco de grupos y organizaciones y a diversos ámbitos de la vida social y política. También cabe mencionar aquí trabajos como “La Voluntad” (M. Caparrós y E. Anguita, 1997), “Mujeres guerrilleras” (M. Diana, 1996), “Los perros” (P. Pozzi, 2004), en los cuales –mediante construcciones cercanas a la biografía o al relato testimonial– se muestran las conexiones entre los diversos ámbitos de la “nueva izquierda”, no tanto como fruto de sofisticadas diagramaciones sino, sobre todo, por efecto de una intensa circulación de ideas y personas convencidas de que había sonado la hora de la revolución y deseosas de cumplir un papel en ella.

IV- Formulando nuevas preguntas

Pese a la trascendencia y complejidad de los fenómenos que estamos evocando es posible afirmar que aún no han tenido un adecuado correlato en el nivel de los estudios socio-históricos ya que, en líneas generales, los trabajos que hasta ahora están disponibles no alcanzan para dar cuenta de la variedad, extensión e intensidad de este proceso que, si bien se resolvió en el nivel político, tenía raíces sociales y culturales de más largo alcance.

⁹ B. Balvé y M. Murmis, 1973; F. Delich, 1970; B. Balvé y B. Balvé, 1989; C. Altamirano, 1994; J. Brennan, 1996; L. Aufgang, 1989; E. Crenzel, 1991, etc.

¹⁰ G. Pontoriero, 1991; J. Vernazza, 1989; J. P. Martín, 1991; J. Morello, 2003.

¹¹ J. Brennan, 1996; N. Duval, 1988; J. Godio, 1989; P. Berrotarán y P. Pozzi, 1989; D. James, 1990.

¹² J. Santucho, 1988; M. Seoane, 1991; R. Gillespie, 1987; L. Mattini, 1995; G. Chávez y O. Lewinger, 1998; C. Flaskamp, 2002; G. Rot, 2000; P. Pozzi, 2004; E. L. Duhalde y E. Pérez, 2003. Un importante aporte a este tema, es el que desde 2005, brinda la revista *Lucha Armada*.

En tal sentido, tal vez sea oportuno abrir algunos interrogantes que permitan avanzar en la identificación de las razones por las cuales, en esta sociedad y por aquellos años, se dio tan singular combinación de circunstancias que hizo que volvieran a trazarse de manera radical las fronteras entre lo privado y lo público, y que la dimensión de este último ámbito aumentara en una proporción tal como la que Zigmunt Bauman (1995) atribuye a los períodos típicamente revolucionarios. En este plano, resultan especialmente destacables la enorme confianza depositada en la eficacia de la política para resolver la más variada gama de cuestiones sociales, la tendencia de numerosos grupos a la "autonomización" respecto de las dirigencias tradicionales y también de los marcos ideológico culturales que hasta entonces daban horizonte a sus expectativas.

Por otra parte, dichos interrogantes servirían para superar el actual estado del debate que tiende a quedar encerrado entre perspectivas que reproducen una visión maniquea de una etapa de la vida nacional para la cual no alcanzan ni la reivindicación acrítica ni su condena en bloque. Por el contrario, es necesario que la inevitable tensión valorativa generada, según O. Terán (1997) por "una época cuyo sentido no es inerte", deje espacio para el análisis y para que las cuestiones comiencen a ser examinadas de manera rigurosa y sistemática, apelando al instrumental teórico-metodológico de las Ciencias Sociales y de la Historiografía (Romero, 1997). Por su importancia y complejidad, la cuestión requiere la conformación de un campo temático capaz de contener a este heterogéneo fenómeno en sus múltiples dimensiones empíricas e implicancias teóricas. Es necesario, además, partir de interrogantes que, al vincular objetivos específicos con hipótesis e interpretaciones más abarcativas, tengan capacidad para interpelar a la variedad de procesos y actores que conformaron la "nueva izquierda" recortándolos de la masa indiferenciada en la que habitualmente se los encierra.

Es sabido que un número importante de experiencias aún permanece sumergido en el recuerdo de los protagonistas o circula bajo la forma de relatos transmitidos oralmente, como múltiples fragmentos de una historia y de un mundo que, sólo muy recientemente, la literatura testimonial ha comenzado a recoger. En ellos asoman, junto con los hilos de esa historia no reconstruida, escenas y personajes que reclaman una mirada atenta, capaz de dar visibilidad a la cadena de relaciones y significados con la cual se tejió la trama de la que formaron parte esos pequeños mundos.

Pero, a la vez, se requiere echar luz sobre los objetivos efectivamente perseguidos por esos actores, sin dar por descontado que una práctica política radicalizada exprese, en todos los casos, metas de carácter "revolucionario". También es necesario avanzar hacia interrogantes más complejos referi-

dos a las razones por las cuales toda esa energía social no logró constituir un actor político unificado ni liderar de manera autónoma al conjunto de los sectores activados y por qué, una sociedad que había comenzado a asomarse a una nueva cultura política, resolvió mayoritariamente su radicalización dentro de los marcos brindados por el populismo. Si se reconstruyeran los debates y la trayectoria de muchos grupos y organizaciones de la “nueva izquierda”, inclusive los de temprana formación y vida efímera, tal vez podrían apreciarse las dificultades que entrañaba la constitución de una alternativa política popular por fuera del peronismo así como el diseño de una estrategia radical que eludiera dar centralidad a la lucha armada.

Podría resultar de utilidad adoptar un enfoque o una estrategia como la que más arriba se sugiere, con el fin de posibilitar que las interpretaciones más generales sobre el período entren en un proceso de sostenida discusión y que, al contar con nuevo material empírico, desplieguen el potencial explicativo que encierran. ¿Fue la acumulación de “dilemas irresueltos” y de “crisis superpuestas” lo que generó las condiciones políticas y el estado de ánimo colectivo que predispusieron a la búsqueda de soluciones radicales? ¿Cuál fue el papel que jugó la persistente ilegitimidad del régimen político? ¿Fue esa ilegitimidad la que privó de sus velos al Estado y lo expuso ante la mirada pública como pura dominación? ¿Fue el “bloqueo tradicionalista” el que empujó hacia una salida revolucionaria a los impulsos renovadores de los años sesenta? ¿O será, tal vez, que ellos se vieron sofocados por la difusión de ideas “revolucionarias” y por el auge de la violencia política? ¿En tal caso, por qué esas ideas llegaron a convertirse en ideales y empujaron a tantos a la acción? ¿En qué fisuras pudieron anidar? ¿Con cuáles expectativas se conectaron? (G. O’ Donnell, 1982; J. C. Portantiero, 1977; L. De Riz, 1986; A. Pucciarelli, 1997; M. Cavarozzi, 1983).

Para contestar preguntas de este tipo se requiere avanzar en la identificación de procesos y actores que fueron parte sustancial de ese fenómeno, a la vez político, generacional y cultural. Es necesario detectar los núcleos de intereses, expectativas y valores que, al conectarse, dieron lugar a ese poderoso despliegue de energía social que pensó a la política como una formidable herramienta de transformación. Y también las razones por las cuales ese movimiento engendró, o se transformó, en lo que N. Casullo (1997) denomina “una masa guerrera”. ¿Se trató de un caso de extraordinaria eficacia de las ideas? ¿Las ideas de la izquierda revolucionaria fueron como “el huevo de la serpiente”, cuyo despliegue llevaría inevitablemente de la política a la guerra? ¿Detrás de la figura del “trabajador”, idealizada por los intelectuales de la izquierda y del peronismo revolucionario, se escondía la figura del “guerrero”? ¿O se trató de una “fuga hacia adelante” cuando se advirtió que

el Estado contaba con recursos y aliados para disputar políticamente y “desviar” al movimiento popular de sus objetivos más radicales? ¿O la “fuga hacia adelante” de las vanguardias sobrevino cuando se hizo evidente que el grueso de la clase obrera –dirigida por su líder histórico– se encaminaba hacia la integración en el sistema, después de tantos años de proscripción? ¿O se trató, simplemente, de una etapa más –la última– de la vida nacional signada por una concepción de la política como “guerra”? (C. Hilb/ D.Lutzky, 1984; Sidicaro, 1991; O. Terán, 1991; J. C. Torre, 1994; M. M. Ollier, 1998).

Tal vez, en el campo de los estudios sobre la “nueva izquierda”, no haya aún una acumulación suficiente de conocimiento –ni de debate teórico-metodológico– que permita responder adecuadamente a preguntas tan ambiciosas. Por eso, para comenzar a transitarlo se propone especificar las preguntas, dirigiendo la atención hacia algunos de los espacios y grupos en los cuales la sociedad había comenzado a bullir y a generar puntos de ruptura.

Bibliografía mencionada

- Altamirano, Carlos, *Bajo El signo de las masas*, Ariel, Buenos Aires, 2001.
- _____, “Contra nuestra propia certidumbre”, *Revista Puentes*, La Plata, Año 2, N° 5, 2001.
- _____, “Peronismo y cultura de izquierda”, en Altamirano, C., *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas Grupo Editorial, Buenos Aires, 2001.
- Aufgang, Lidia, *Las puebladas: dos casos de protesta social*. Cipolletti y Casilda, CEAL, Buenos Aires, 1989.
- Balvé, Beba y Murmis, Miguel, *Lucha de calles. Lucha de clases*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1973.
- Balvé, Beba y Balvé, Beatriz, *El '69. Huelga política de masas*, Contrapunto, Buenos Aires, 1989.
- Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1995.
- Berrotarán, Patricia y Pozzi, Pablo (c), *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina. 1955-1989*, Letra Buena, Buenos Aires, 1994.
- Brennan, James, *El Cordobazo*, Sudamericana, 1996.
- Caparrós, Martín y Anguita, Eduardo, *La Voluntad*, Norma, Buenos Aires, 1997.
- Casullo, Nicolás, “Los años 60 y 70 y la crítica histórica”, *Revista Confines* N° 4, Buenos Aires, 1997.
- Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia*, Ariel, Buenos Aires, 1997.
- Crenzel, Emilio, *El Tucumanazo*, CEAL, Buenos Aires, 1991.
- Chávez, Gonzalo y Lewinger, Oscar, *Los del '73*, de la Campana, La Plata, 1998.

- Delich, Francisco, *Crisis y protesta social*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1970.
- De Riz, Liliana, *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- Diana, Marta, *Mujeres guerrilleras*, Planeta, Buenos Aires, 1996.
- Duval, Natalia, *Los sindicatos clasistas: Sitrac (1970-71)*, CEAL, Buenos Aires, 1988.
- Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político-militares*, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2002.
- Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, Buenos Aires, 1987.
- Godio, Julio, *El Movimiento Obrero Argentino*, Legasa, 1989.
- Gordillo, Mónica, "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973", en James, D. (c), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
- Halperín Donghi, Tulio, "Una historia que se resiste a entrar en la historia", *Diario Clarín*, Buenos Aires, 20-03-2001.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980. Política y violencia*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, de la Campana, La Plata, 1995.
- Martín, Juan P., "El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo", *Revista de Teología Latinoamericana* n° 41/42, Buenos Aires, 1991.
- Morello, Gustavo, *Cristianismo y revolución*, Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, 2003.
- O' Donnell, Guillermo, *Modernización y autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires, 1972.
- , *El Estado Burocrático Autoritario, 1966-1973*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.
- Ollier, María Matilde, *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- , *Orden. Poder y violencia*, CEAL, Buenos Aires, 1989.
- Oteiza, Enrique, *Cultura y política en los sesenta*, Eudeba, Buenos Aires, 1997.
- Pérez, Eduardo, *De Taco Ralo a la alternativa independiente*, de la Campana, La Plata, 2003.
- Pontoriero, Gerardo, *Sacerdotes para el Tercer Mundo: el fermento de la masa*, CEAL, Buenos Aires, 1991.
- Portantiero, Juan Carlos, "Economía y política en la crisis argentina. 1955-1973", *Revista Mexicana de Sociología*, México, 1977.
- Pozzi, Pablo, *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.
- Pucciarelli, Alfredo, "Dilemas irresueltos en la historia reciente de la sociedad argentina", *Revista Taller*, N° 5, Buenos Aires, 1997.

- Romero, Luis Alberto, "Nos hace falta una buena historia de los años setenta", *Diario Clarín*, Buenos Aires, 15-05-1997.
- , "Las raíces de la dictadura", *Revista Puentes* n° 3, La Plata, 2001.
- Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, El Cielo por Asalto, 2000.
- Santucho, Julio, *Los últimos guevaristas*, Puntosur, Buenos Aires, 1988.
- Seoane, María, *Todo o nada*, Planeta, 1991.
- Sidicaro; Ricardo, "Ideologías y violencia política", *Revista El Bimestre* n° 139, Buenos Aires, 1988.
- Svampa, Maristella, "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976", en James, D. (c), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.
- , "Pensar el pasado", *Revista Punto de Vista*, N° 58, Buenos Aires, 1997.
- Torre, Juan Carlos, "A propósito del Cordobazo", *Revista Estudios* N° 4, Córdoba, 1994.
- Tortti, María Cristina, "Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional", en Pucciarelli, Alfredo (e), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- , "Post Scriptum: la construcción de un campo temático", en *ídem*.
- Vernazza, Juan, *Una vida con los pobres: los curas villeros*, Guadalupe, Buenos Aires, 1989.